

Capítulo CXIV.

Una embajada de paz, que se traduce en guerra.

Veía Cortés con pena que á pesar de las desesperadas luchas que venían sosteniendo con los mejicanos y á pesar de las victorias que alcanzaba, no lograba someter á su obediencia la ciudad imperial; y deseando poner término á aquellos desastres, envió á algunos de los prisioneros que tenía, en calidad de emisarios, para tratar la paz con Guatimozin.

Llegaron, pues, á la ciudad y al tener el emperador noticia de que iban en nombre de Hernán Cortés:

—Sean dignamente recibidos esos embajadores,— dijo;—ya sean mejicanos, ya extranjeros; su misión es sagrada é inviolables sus personas.

En seguida se preparó á escucharles, reuniendo

en el salón de audiencias á sus ministros y consejeros. Vivísima impresión produjo en la ciudad la entrada de aquellos nuevos plenipotenciarios, que llegaron á palacio entre oleadas del pueblo y bajo la protección de una escolta mejicana.

Turbados estaban al presentarse á su emperador.

Echábase de ver que no juzgaban muy honorífica la proposición de que eran portadores.

Sólo después de haber sido alentado con benévolas frases que les dirigió Guatimozin, osó expresarse en los términos siguientes el más audaz de los tres:

—¡Señor! ¡Mi señor! ¡Gran señor! El malinche Hernán Cortés, de quien nos hacen esclavos azares de guerra, nos envía á tí para que sepas de nuestros labios sus intenciones y deseos.

»Agradecido eternamente aquel jefe á los muchos favores y señaladas honras que le dispensó el gran Motezuma, no puede olvidar, en medio de los horrores de la sangrienta lucha que sostiene contra tí, que eres deudo del nombrado monarca, que ha sentado contigo en el trono imperial á una hija de aquel, y que te alberga en una ciudad que fué hospitalaria en otro tiempo á sus extranjeras legiones.

»Tiembra la mano del malinche al levantarse para destruirla.

»Acóngójase su ánimo al concebir los desastres que van á llover sobre el imperio, con quien tan solemne alianza ha pactado á nombre de su rey, y antes de dar el último golpe te conjuro por nuestra voz

á detenerlo, aceptando la paz con las condiciones siguientes:

Primeramente, desarmarás sin tardanza á tus ejércitos y los harás salir de tu capital.

En segundo lugar, convocarás asamblea de todos tus tlatoanis, y ratificarás con ellos el vasallaje reconocido al soberano español.

En tercero.....

—No digas más,—exclamó, ardiendo en ira, el valiente Guatimozin.—Muda para siempre debiera quedar tu lengua despues que se ha mancillado articulando tus vergonzosos acentos.

—Tlatoanis y teutlis,—prosiguió Guatimozin, dirigiéndose á la asamblea,—ya habeis oido cuales son las primeras condiciones de la paz que nos propone el enemigo; innecesario juzgo indicaros ya cuáles serán las últimas, porque creo que se deducen naturalmente.

Jamás en mi reinado aceptará el imperio de Méjico un yugo ignominioso; jamás, ocupando Guatimozin este trono, permitirá sea cometido á ninguno trono extranjero.

¡Sepultarme sabré antes en sus míseros escombros!

Pero soy rey por el libre voto de los electores de Méjico; soy rey, que al ceñirse la sagrada corona contrajo el deber imperioso de hacer felices á sus pueblos.

Si los desastres con que nos amenaza el enemigo os parecen más graves y cercanos que los que veo envueltos en la paz engañosa que rechazo; si fatigados de tan prolongada y sangrienta guerra quereis á to-

da costa terminarla; si en la alternativa, en fin, de morir ó ser esclavos os sentís capaces de vacilar algun dia, pronto estoy á descender del excelso puesto á que me habeis encumbrado y á devolver á los que me la dieron la corona augusta que, conservándose en mis sienes, no será humillada nunca á las plantas de extranjero tirano.

Los rumores que se levantaban en la asamblea apagaron las últimas palabras de aquel breve discurso.

Era extraordinaria la agitacion y contrarios los efectos que habia producido.

Muchos prorumpian en frenéticas aclamaciones, aplaudiendo la conducta del emperador.

Otros se resentian de la duda manifestada por aquel, como de un ultraje inmerecido.

Algunos, con sentimientos enteramente diferentes, juzgaban exagerado el recelo y excesiva la soberbia que se oponian á una paz, cuyas condiciones no eran en su concepto tan alarmantes ni tan vergonzosas como las veia Guatimozin.

No faltó tampoco quien se atreviese á indicar que debia aceptarse la abdicacion de dicho príncipe, ofreciendo la corona á Hernan Cortés.

En honor de la verdad y del nombre mejicano, debemos confesar, sin embargo, que los partícipes de las dos opiniones últimamente expresadas estaban en corta minoría, compuesta casi toda de débiles ancianos.

En el momento en que la agitacion era más de-

bil y más difícil la situación del emperador, obligado á presenciar los debates ocasionados por su discurso, se abrió con estrépito la maciza puerta de aquella suntuosa estancia.

Presentóse el Hueiteopixque revestido de todas sus insignias, acompañado de cincuenta sacerdotes, que formaban á su espalda un grupo lúgubre y extraño, envueltos hasta la cabeza en sus largos mantos negros, que arrastrando por detrás, iban barriendo el pavimento.

El pontífice se detuvo en mitad de la sala del consejo, y rompiendo el profundo silencio que había motivado su aparición, dijo con acento grave é imponente:

—Los dioses me han revelado en la soledad del templo, que se reunían en este sitio los altos dignatarios del imperio para escuchar proposiciones de paz dictadas por el impío extranjero.

Los dioses me han revelado, ¡oh Guatimozin! que tu heroico corazón las rechaza indignado, prefiriendo la muerte á la ignominia.

Pero ¡quiénes son,—añadió, dirigiendo foribundas miradas de odio,—quiénes son los cobardes que se quejan de tu constancia?

¡Quiénes los blasfemos que se atreven á pronunciar que es aceptable la alianza con los enemigos de los dioses? ¡Levanten la voz en mi presencia! ¡Levantenla, y caerán heridos de muerte por el santo furor que siento arder en mi pecho y centellear en mis ojos!

Huitzilopochtli ha temblado de ira en su sagrado altar.

Tezcalepuzca se ha arrepentido de haber criado al hombre, indigna hechura de su mano omnipotente.

¡Respiren aquellos que han encendido los divinos furoros, y á su vil soplo crecerá devorador el incendio, y ni cenizas quedarán de ellos!

Concluyó de hablar el hueiteopixque en medio del mismo general silencio que reinaba al comenzar.

Uno de los altos dignatarios del imperio tomó la palabra un momento desques, y se expresó en estos términos:

—No existe, á mi entender, en esta asamblea, individuo alguno que sea capaz de cobardes votos, atreviéndome á asegurar, sin temor de que ni una voz se levanta á desmentirme, que tú, ¡oh teotcutli! (1) puedes volver tranquilo al teocali venerado, asegurando á los dioses que jamás permitiremos en sus altares deidades extranjeras; y que tú, ¡oh soberano hueitlatoani! tú, siempre digno varón en tus sentimientos, siempre gran monarca en tus preceptos, no debes recelar nunca flaqueza ó deslealtad en los que aprenden de tu ejemplo.

A tí solamente reconocemos por emperador, y contigo rechazamos cualquier otro vasallaje, dispuestos á morir antes que á capitular.

Unánime fué entonces la voz que se levantó vito-

(1) Señor sagrado, ó caballero de Dios.

reando á Huitzilopochtli, á Guatimozin y al pontífice.

Todos juraron perecer con las armas en la mano.

—¡Sea como lo decís,—exclamó el gran sacerdote,—si así lo cumplís. Huitzilopochtli os proteja y os premie Tezcalepuzca.

—Y ¡ay! de aquel,—añadió el emperador, poniéndose en pie con ademan firme y severo,—¡ay! de aquel que, perjuro infame, eso en lo sucesivo articular la palabra *paz* ó prestar á ella su oído. Reo de muerte lo declara mi voz, y como traidor será deshonrado, ya vista la coraza del guerrero, ya la negra capucha del teopixque, ó el régio manto del tlatoani.

—¡Guerra! ¡Guerra!—gritaron todos.

—¡Guerra hasta morir ó vencer!—exclamó con conmovido acento el pontífice.—Yo os lo ordeno é impongo á nombre de Huitzilopochtli.

—¡Guerra!—repitió el emperador, arrojando á los piés de los embajadores el dardo que tenia en su diestra.—Esto habeis de decir, ¡oh teutlis! al extranjero que os envia. ¡Guerra sin tregua hasta el total exterminio de los dos ejércitos!

Llevad esta contestacion que da el imperio á sus odiosos perseguidores, y quedaos entre ellos.

Méjico rechaza á los indignos hijos de su suelo que han osado pisarlo siendo portadores de tan infame mensaje.

Los emisarios se volvieron avergonzados y confusos al campamento español.

Era tan dolorosa la impresion de su vergüenza, tan terrible para sus corazones aquel testimonio de

la ira general que les acusaba, tan profunda su pena al verse despreciados por su príncipe, que al atravesar el puente para ir á reunirse con los españoles, deteniéndose de pronto uno de ellos y dirigiéndose á sus compañeros:

—No voy más adelante,—dijo;—no quiero vivir siervo y deshonrado. Mi patria y mi rey me desprecian: tienen razon, porque he manchado mis labios pronunciando proposiciones indignas. ¡A lavarlas voy de su baldon!

Y así diciendo, se arrojó al lago, yendo á sepultarse en sus aguas.

Los otros dos infelices imitaron su conducta, obedeciendo á un impulso simultáneo.

Sus cadáveres, recogidos algunas horas despues por los soldados españoles, fueron la única contestacion que recibió el caudillo.

Comprendió que era ya preciso renunciar á todo propósito de conciliacion.

La muerte de sus emisarios, ya fuese un acto de rigor del monarca mejicano, ya desesperacion por parte de las mismas víctimas, era indicio vehemente de que no era posible sujetar á aquel pueblo sin aniquilarlo.

—¡Compañeros,—dijo entonces á sus capitanes,—á los primeros rayos del sol de mañana daremos el último ataque á la capital de Méjico!